

Así se suscitaba dentro de la Escuela aquel espíritu de propiedad sobre la doctrina, y, consiguientemente, el sentido de *responsabilidad* sobre su futuro.

Para entender esta Escuela ideal, distinguíamos en el maestro el espíritu, la mentalidad y la expresión. Y decíamos que lo esencial del maestro es su espíritu, su intuición fundamental. El haber encontrado ese espíritu, lo había capacitado para ser maestro; y el darlo a otros, debía ser de manera que lo recibieran o encontraran como algo propio.

Vueltos así al espíritu de propiedad, acerca precisamente del espíritu de la Escuela, común al maestro y a sus discípulos, podíamos llamar la atención sobre esta nueva característica esencial de la Escuela ideal: el espíritu *comunitario*.

Este espíritu de comunidad se hacía más sensible en el hecho histórico de la atribución a un maestro de lo que, en concreto, había escrito un discípulo; con su propia mentalidad las más de las veces, y con su propia expresión, pero con el espíritu del maestro. Esta comunidad de espíritu era lo que, a los ojos del mismo discípulo o de los contemporáneos o sucesores, justificaba el que esa obra se atribuyera al antiguo maestro.

En este sentido, la personalidad del maestro parecería hacer sombra a los discípulos, de modo que lo ganado por aquél parecería pérdida de éstos. Pero tales cómputos de pérdidas y ganancias se sitúan en la línea de la justicia conmutativa, que es aquella en la que nos asemejamos a los animales, cuyas relaciones se reducen a las de acción y pasión.

La línea del hombre es la del amor. En ella, a más del hacer y padecer, hay el dar y el aceptar. Este don y aceptación, en cuanto encarnados, se realizarán mezclados del hacer y padecer. Pero lo propio del hombre es precisamente tender al ideal del puro dar y el puro aceptar. Y esta tendencia es posible, porque es posible el mutuo don y la mutua aceptación³⁰.

Tal es el caso de la Escuela ideal.

³⁰ A. BRUNNER. *Conocer y creer*. Madrid, 1954, p. 78-80.

Primer Congreso de la Sociedad Interamericana de Filosofía

Santiago de Chile, 8 - 15 de Julio de 1956

POR MATEO ANDRÉS S. I. (Rep. Sto. Domingo)

Como conclusión del III Congreso Interamericano de Filosofía, celebrado en São Paulo en 1954, surgió la Sociedad Interamericana de Filosofía; al mismo tiempo se señaló como sede del próximo congreso la ciudad de Santiago de Chile, y se encargó a la Sociedad Chilena de Filosofía de su organización y convocatoria. He ahí por qué este congreso tenido en Santiago de Chile se llama Primero de la Sociedad Interamericana de Filosofía y IV Interamericano.

El Congreso duró del 8 al 15 de julio, y asistieron representantes —unos 70 en total— de casi todas las naciones latinoamericanas, además de Centroamérica y de EE. UU. Ningún delegado llegó del Canadá, y de Europa sólo estuvo representada Italia. De otras naciones: —Alemania, Bélgica, España, Francia...— que habían prometido su presencia, al fin no pudieron desplazarse. Y esta falta, sumada a la de otros filósofos latinoamericanos, que después de haber enviado su ponencia, tampoco pudieron asistir, hizo que algunas de las secciones sufriesen un tanto de ausentismo: las ponencias eran leídas en ausencia, pero faltaba el interés que confiere el autor mismo tanto a la exposición como a la subsiguiente discusión del tema.

Propósito del Congreso era precisar una visión de la Filosofía en el mundo contemporáneo y sus problemas actuales; el programa se refiere a todas las ramas de la Filosofía: "Problemas actuales de la Lógica, la Filosofía de las Ciencias y la Teoría del Conocimiento; de la Teoría de los Valores, la Ética y la Estética; de la Filosofía Jurídica, la Filosofía Política y de la Educación; de la Antropología filosófica, la Filosofía y la Historia y de la Cultura; de la Metafísica y estado actual del saber". Las sesiones plenarias fueron dedicadas a dos problemas sumamente interesantes: si ha habido progreso en la Filosofía a través de la historia y si ha habido una Filosofía latinoamericana y cuál habría sido su significado en la historia y la cultura de América.

Antes de pasar adelante, es justo que nos refiramos aquí a la excelente organización del Congreso; los congresistas lo comprendieron así cuando puesta a elección la presidencia, votaron unánimemente a D. Jorge Millas, Director del Departamento de Filosofía del Instituto de Pedagogía de la Universidad

de Chile, que había trabajado al frente del Comité organizador. También es justo señalar la esplendidez con que el Gobierno y pueblo chileno quisieron obsequiar a sus visitantes filósofos; ello contribuyó a crear un ambiente de honda simpatía creciente: fuimos conociendo al pueblo chileno, y admiramos su profundo sentido de la libertad y la comprensión, su espíritu abierto, su elevado civismo y el enorme esfuerzo que realiza por situarse a un nivel económico y cultural. La existencia de sus dos Universidades Católicas, perfectamente independientes, así como la cooperación amiga entre ellas y las otras cinco —sólo dos son estatales— en la preparación y realización del Congreso, dicen mucho de esos cuatro rasgos que acabamos de apuntar y que nos parecen característicos del pueblo de Chile.

Y no podemos detenernos más en estos aspectos externos; nos interesan sobre todo los aspectos internos del Congreso: los deseos e inquietudes, las esperanzas y los temores, los problemas y las soluciones que han ido manifestando a lo largo de la semana los mejores pensadores de América. Como dijimos, las sesiones plenarias estaban consagradas al tema del progreso de la Filosofía en la historia y de la existencia de una Filosofía latinoamericana. Ya desde ahora debemos decir que hubo toda clase de opiniones, y que la discusión fué muy viva especialmente en torno al segundo tema; sin embargo, creemos poder añadir que el rasgo característico del Congreso fué el sentido de comprensión y respeto mutuo: un sentido de atención benévola abierta hacia el "otro", hacia su mundo de ideas y problemas. Esto creó bien pronto un ambiente grato, de elevado diálogo filosófico y bien estar intelectual; un ambiente interno correspondiente al ambiente externo creado por las autoridades y el pueblo de Chile.

Acaso de las corrientes filosóficas que aparecieron, la más fuerte fuera la historicista, seguida por la neotomista. El historicismo —herencia según creo de Ortega y Gasset, entre los pensadores hispanoamericanos— se hizo sentir fuertemente, desde un historicismo larvado, puesto casi más en las expresiones y modo de hablar que en la realidad, hasta un relativismo solipsista como el del Profesor de México, José Gaos, que acababa así su ponencia: lo que acabo de exponer no pretendo que sea otra cosa que pura y simplemente *mi* manera de ver la Filosofía, "que considero tan incompañable por ningún otro sujeto, que no espero más que dos cosas: si comentarios, de disconformidad; en el mejor de los casos, un tácito atisbar lo irreductible de mi subjetividad". Creo puede decirse después de este Congreso que Ortega sigue viviendo en América: no sólo se le dedicó un minuto de silencio en la sesión plenaria del segundo día, no sólo se le citó frecuentemente, sino que se notó su espíritu, su sentir filosófico, inoculado en las mentes de los pensadores hispanoamericanos, que ahora hablan y sienten relativísticamente como él.

Fuera de esta corriente históricamente orteguiana, primó la que en un sentido amplio podríamos llamar neotomista, y que estaba dignamente representada por Mons. Octavio N. Derisi, por el R. P. Cornelio Fadro, extraordinario tomista italiano, que llamó la atención de todos con sus ponencias sobre las aporías del progreso filosófico y sobre la fundamentación de la Meta-

física, y por el joven filósofo peruano Alberto Wagner de Reyna, fuera de otros de más modesto nombre, pero que supieron intervenir acertadamente en los debates.

Otras corrientes no se hicieron advertir tanto: un suave neopositivismo entre algunos seguidores de la Filosofía de las Ciencias; dos o tres veces una ponencia con resonancias marxistas; algunos serios cultivadores de la logística —que aprovecharon su encuentro para crear la Asociación Interamericana de la Logística, adherida a la Sociedad Interamericana de Filosofía— y una serie de pensadores sin filiación y sin historia, culturalistas más que filósofos, que con sus intervenciones contribuían acaso más a oscurecer y embrollar los problemas que a definirlos y resolverlos claramente.

Enorme interés suscitó entre los congresistas, el segundo tema de las sesiones plenarias sobre la existencia y significado de una Filosofía latinoamericana. Sería muy difícil intentar un resumen de las discusiones. Nuestra filosofía acaso es una mala copia de la europea, se dijo; pero al menos es un instrumento al servicio de nuestros propios problemas: tal vez nos puede bastar. Es la Filosofía la que nos dirá quiénes somos y qué tenemos que hacer nosotros que hasta ahora hemos sido una "humanidad disminuída". No hemos hecho filosofía como tampoco la ha hecho España, de quien derivamos: he ahí la razón última de no tener filosofía. Respetamos estos puntos de vista, pero con una gran mayoría de los congresistas no podemos compartirlos: no nos basta con una filosofía de tipo practicista, a nosotros que precisamente como herederos de España aspiramos a ver las cosas sub especie aeternitatis, ya que como muy bien acotó Mons. Derisi, si hay un pueblo de tendencia metafísica es precisamente el español. Tampoco creemos que la filosofía, —sola la filosofía sin la religión católica que es la religión de nuestro continente—, nos acierte a decir quiénes somos y qué tenemos que hacer.

También se discutió si puede y es deseable que exista una filosofía latinoamericana; las discusiones en torno a este punto quedaron suficientemente claras: si se entiende por filosofía latinoamericana una filosofía válida sólo en nuestro continente, ni se ha dado ni se dará tal filosofía ya que siendo la filosofía de verdades universales, en el momento que vale sólo para un pueblo, deja de ser filosofía; o como dijo graciosamente uno de los congresistas: si yo hago filosofía argentina, es muy posible que tenga mucho de argentina pero tendrá muy poco de filosófica. No puede haber una filosofía "regional". En cambio, sí puede haber una filosofía de valor universal hecha por pensadores latinoamericanos, y esto sin duda es de desear.

Naturalmente no todos los congresistas participaban estos puntos de vista; había quienes aspiraban a una filosofía americana, privativa, y quienes se contentaban con una buena técnica, como una especie de satisfacción morbosa contra la que creían impotencia de filosofar. No obstante todas estas discrepancias teóricas, en algo unidos todos, —y ello es una señal manifiesta de que no podemos contentarnos con una pura actitud técnica— en la última sesión se votó unánimemente la elaboración de estatutos para la formación de un gran centro continental de estudios filosóficos. Resulta, pues, imposible aceptar

que el hombre latinoamericano pueda contentarse con la solución inmediata de los problemas del mundo y de la vida; heredero de la preocupación metafísica española —de que habló Mons. Derisi— el latinoamericano exige una solución y justificación última, y se le caerían las herramientas de las manos sin una justificación metafísica del uso de las herramientas. Desde este punto de vista —que es el que más nos aleja del Pueblo Norteamericano— nos alegra que, no obstante las discrepancias, coincidiéramos en algo que podría ser con el tiempo el remedio práctico de nuestro defecto de filosofía: la erección de ese centro continental de formación filosófica.

Respecto a las sesiones de la comisión, poco podemos destacar no habiendo podido asistir más que a algunas pocas. Llama poderosamente la atención el interés que los temas de derecho suscitan en Chile: El aula reservada a la Filosofía del Derecho estaba casi siempre llena y las discusiones animadísimas; contribuían a esta animación personalidades destacadas como Luis Recasens Siches, Carlos Cossio y Miguel Reale. Algo semejante cabría decir de las sesiones de Metafísica, caldeadas por la presencia de Mons. Derisi, P. Cornelio Fabro y Eduardo Nicel, entre otros.

¿Resultados? Los hombres amigos de contar y medir preguntan siempre al fin de una de estas asambleas cuáles han sido los resultados; y se refieren con esa pregunta a logros positivos contables y medibles empíricamente. Valorados con ese criterio, los congresos de Filosofía son siempre inútiles: no producen nada. Pero hay otros resultados, menos positivos, pero que no deben despreciarse: contactos personales de unos pensadores con otros, un ambiente de comprensión mutua, sutilmente creado por la presencia simultánea en el mismo salón de personas que se sabe piensan de distinto modo, y el pulso del tiempo que se deja tomar en tales reuniones mucho mejor, más fácil y seguramente, que en las revistas o en los libros.

Acaso interese saber —y estos son los únicos resultados registrables empíricamente— que en la última reunión se aprobó el ofrecimiento del Delegado Norteamericano, Profesor Cornelius Kruse, para que el próximo congreso se celebre en EE. UU. a mediados de julio de 1957, y el siguiente, a petición de la Delegación Argentina, en Buenos Aires en 1959. Como ya queda escrito, se dejó encargada a la Sociedad Chilena de Filosofía de preparar un primer plan en vistas a la erección de un centro interamericano de altos estudios filosóficos. Los estatutos de la Sociedad Interamericana de Filosofía, propuestos con carácter provisorio en Sao Paulo, donde fué erigida en 1954, fueron aquí definitivamente aprobados. Según estos estatutos, sólo podrán pertenecer a dicha Sociedad las asociaciones nacionales que dieron su adhesión, nunca los individuos particulares; cada nación tendrá un voto solo, y la presidencia corresponderá rotativamente al país en que deba celebrarse el próximo congreso.

UNA NUEVA REVISTA DE FILOSOFIA

Con la publicación de las actas del "Terzo Convenio di Filosofia", que ha promovido el Instituto homónimo de Milán, se abre la publicación de un nuevo órgano del pensamiento filosófico italiano, titulado precisamente, "Il Pensiero".

Su programa carece de fronteras. En la revista podrán colaborar "todos los que con propósitos serios y preparación adecuada se interesan por la filosofía". Hay una limitación de horizontes, fácilmente comprensible: el rechazo de aquel modo de pensar que "en homenaje a una mal entendida libertad de pensamiento y a una equivocada interpretación del proceso histórico considera definitivamente superada la problemática especulativa que fué siempre la razón de ser del filosofar mismo". Es la limitación de un horizonte impuesta por la naturaleza específica del método metafísico.

Pese a las versiones tendenciosas que a partir de Kant han querido encontrar en su crítica la eliminación definitiva de tal problemática, la dirección de la revista considera que con él, la dimensión clásica se ha colocado "en una postura también trascendentalista o más bien, ha sido descubierta, incluso bajo el ángulo típico del método de la inmanencia".

El título de la revista "Il Pensiero", indica precisamente, "que la problemática especulativa, en la cual pretenden mantenerse firmemente sus colaboraciones, no es otra cosa que pensamiento, y que en ella no se pretende oponer al pensamiento, obstáculos de ningún orden", porque para su dirección, el pensamiento humano es humano ciertamente, pero no limitado".

Este será, según el programa trazado, el criterio con que se seleccionarán las diversas investigaciones que se publiquen. No en el sentido de imponer un punto de vista prejuzgado, en la solución de los diversos problemas; pero sí, en el sentido de no olvidar "que la filosofía es necesariamente metafísica".

Ya se trate de una tesis idealista o problematicista o historicista, "la dirección no pondrá dificultades". Un colaborador eventual podrá sostener, incluso "que lo que permanece constante en el devenir... es el devenir mismo. Un hegeliano o, por otro lado, un historicista, podría válidamente defender esta tesis. Pero en tal caso deberá mostrar y no sólo afirmar, que el devenir mismo está fuera del tiempo y que el devenir no podría entenderse así, sino como consecuencia del ser o por lo menos en relación al ser, y que el ser es, a su vez, conciencia del ser".

Este anclarse en el cimiento metafísico de la filosofía, entronca el intento de los redactores de "Il Pensiero", con la gran corriente de la filosofía occi-